

dero entre la hierba alta” (1874), “Torso de mujer al sol” (h. 1875-76), “El columpio” (1876) y, sobre todo, “Baile en el Moulin de la Galette” (1876), obra maestra absoluta, un portento de bullicio y de júbilo, a medias entre la luz y la sombra, pintado del natural en el patio del local de ocio situado en el barrio de Montmartre. “Nunca en mi vida fui tan feliz”, diría Renoir muchos años después evocando aquella época heroica de privaciones y luchas, pero también de fervor y camaradería, de charlas entusiastas y sueños de triunfo. Algo posterior (1881) es el no menos vibrante “El almuerzo de los remeros”, donde destaca el gracioso perfil de la modelo Aline Charigot, a la sazón de 19 años de edad y que se convertiría en su esposa en 1890.

La década de 1880 es de ruptura. Entre 1881 y 1882 viaja a Argel por dos veces y recorre Italia, donde se siente atraído por los frescos de Rafael y las pinturas pompeyanas. La lectura de “El libro del arte” (1437) de Cennino Cennini acaba por convencerlo de que “ya no sabía pintar ni dibujar”, y Renoir se impone un giro en su forma de hacer marcado por un acercamiento al clasicista Ingres. Arranca así su llamado “período seco o ingreso” (1883-87), caracterizado por una mayor atención a los delineamientos, una pincelada más contenida, efectos atmosféricos atenuados y un colorido más frío, a veces hasta áspero. Obras mayúsculas de este período son “Los paraguas” (1883) y “Las grandes bañistas” (1887).

Tras algunas temporadas en Pont-Aven, Essoyes (pueblo natal de Aline), Magagnosc y Le Cannet, en 1903 se establece en Cagnes-sur-Mer, en la Costa Azul, buscando un clima más benigno que le ayudase a sobrellevar las crisis de reumatismo que le aquejan con creciente intensidad. Para entonces, el artista tiene tres hijos, se suceden las exposiciones, los marchantes y los coleccionistas se disputan sus obras y es toda una gloria nacional. Sus últimos años de vida fueron una constante prueba que el maltrecho cuerpo del pintor ponía al optimismo crónico de su carácter. Delgado en extremo, aquejado de terribles dolores y postrado en una silla de ruedas a partir de 1910, sus dedos espantosamente deformados por la artritis apenas le permiten sostener los pinceles, pero no por ello deja de pintar con el mismo ardor juvenil ni de componer escenas a menudo cargadas de sentimentalismo pero siempre rezumantes de bienestar y felicidad: la pintura es su refugio contra una tortura física y mental que no le da tregua, agravado el último por la muerte de su esposa en 1915 y por las heridas sufridas por dos de sus hijos en la Gran Guerra. Retratos de su esposa, hijos, sirvientas y amigos, jarrones con flores y desnudos femeninos pletóricos, de rotunda carnosidad, piel nacarada y rostros típicamente renoirianos, nacen uno tras otro como empeñados en sortear el acecho de la amargura, siempre con su inconfundible factura mullida y etérea. El pintor que nunca pintó un cuadro triste fallece de pulmonía el 3 de diciembre de 1919, a los 78 años de edad. La víspera de su muerte pone fin a su último cuadro, un pequeño bodegón. Justo después de estampar su firma, alguien le oyó decir: “Creo que poco a poco empiezo a comprender algo de esto”. Sus restos reposan en el cementerio de Essoyes junto con los de Aline y de su hijo Pierre.

Diego Gómez Sánchez
Formador del Aula de Artes Plásticas de la Universidad Popular de Albacete

FICHA TÉCNICA
Título: Renoir
Año: 2012
Duración: 111 minutos
País: Francia
Director y guionista: Gilles Bourdos
Música: Alexandre Desplat
Fotografía: Mark Ping Bing Lee
Reparto: Michel Bouquet, Romane Bohringer, Thomas Doret, Michèle Gleizer, Vincent Rottiers, Christa Theret



Las grandes bañistas (1887)



Gabrielle, Jean y una niña



Cine Capitol
FILMOTECA DE ALBACETE

Día 25 de febrero
18:00 h. 2€

FILMOTECA
ALBACETE

Universidad Popular
AYUNTAMIENTO DE ALBACETE
CONCEJALÍA DE CULTURA

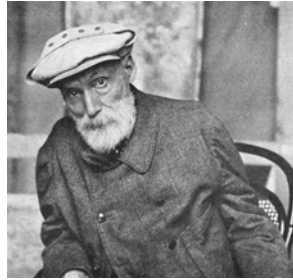
DIPUTACIÓN DE ALBACETE
Servicio de Educación, Cultura, Juventud y Deportes

Renoir, el pintor optimista

De Pierre-Auguste Renoir escribió O. Mirbeau en 1913 que fue, probablemente, “el único gran pintor que nunca haya pintado un cuadro triste”, y es cierto que sus lienzos –frescos, risueños y coloridos– describen con toda precisión su carácter jovial y desenfadado. Su pintura es una fiesta para los ojos, una constante celebración de lo que de alegre tiene la vida. Apenas pueden hallarse en sus obras rasgos de tristeza o de abatimiento, y esta ausencia define, tanto o más que lo que vemos pintado en ellas, toda una declaración de principios: “Para mí, un cuadro debe ser algo amable, alegre y bonito (...). Ya hay en la vida suficientes cosas molestas como para que fabriquemos todavía más”. Cuando se tacha a Renoir de pintor fácil, superficial o incluso antiintelectual se pierde quizá de vista que esa actitud –destilada a lo largo de más de 700 obras– no era el fruto de la limitación de sus dotes naturales, sino una postura abonada a conciencia que surgía de una firme convicción íntima: la de que la pintura debía embellecer el mundo, ocultar la fealdad, mostrar ese lado bueno de las cosas que hace que, después de todo, la vida merezca la pena, y hacerlo de la forma más directa posible y sin dobleces: “Yo me pongo ante mi objeto tal como yo lo quiero. Entonces empiezo y pinto como un niño (...). No tengo reglas ni métodos. Cualquiera puede probar el material que uso o verme mientras pinto: se dará cuenta de que no tengo secretos”. Tal vez el único secreto de Renoir consistiera en atreverse a pintar sólo lo que le gustaba y como le gustaba.

Renoir ve por primera vez la hermosa luz el 25 de febrero de 1841 en Limoges. Con apenas cuatro años arriba a París, adonde sus padres –propietarios de una modesta sastrería– se trasladan en busca de mejores oportunidades para sacar adelante a su prole. La capital de Francia (y acaso del mundo) hervía entonces de actividad cultural, artística e industrial. Aunque Renoir siempre se consideró parisino, su primer oficio remunerado lo mantuvo vinculado simbólicamente con su ciudad natal, famosa por la porcelana: a los trece años se inicia en la decoración de vasijas de mayólica con floreros y escenas galantes y pastoriles de ambiente rococó, a tanto la pieza. En los ratos libres acude al Louvre a copiar a los maestros del XVIII que le sirven de inspiración (Watteau, Boucher, Fragonard). Cuando la industrialización desplaza a los artesanos del pincel, Renoir ha logrado reunir un capital no pequeño que le permite ingresar en 1862 en la Escuela de Bellas Artes, uno de los bastiones del oficialismo en materia artística. Simultáneamente acude al taller privado a Gleyre, un pintor conservador pero algo tolerante que al menos tuvo la virtud, en palabras de nuestro artista, de dejarlo trabajar en paz. Allí traba amistad con Monet, Sisley y Bazille y juntos sientan las bases de lo que, con el tiempo, acabará configurando el movimiento impresionista. Tras el cierre del taller de Gleyre en 1864, los cuatro amigos se trasladan al bosque de Fontainebleau a pintar del natural, siguiendo la estela de los paisajistas de Barbizon. Ese mismo año, Renoir envía al Salón un lienzo de asunto literario que es aceptado, un éxito inicial que a la postre no le granjeó ninguna repercusión pública y del que el artista renegaría rajando el cuadro con sus propias manos. “Lise con sombrilla” (1867), un excelente estudio de figura vestida al aire libre y su mejor obra de este período, cuelga en las paredes del Salón de 1868 y es alabado por algunos críticos atentos a los nuevos rumbos. Desde ese momento, la carrera de Renoir es un ir y venir entre el Salón oficial –con variable suerte– y las exposiciones organizadas al margen del cauce institucional.

En 1869, Renoir y Monet pintan juntos en Bougival, pequeña localidad ribereña del Sena muy próxima a París. Las obras que realizan del establecimiento de baños públicos de La Grenouillère, con su factura ancha y quebrada, su atención a los efectos lumínicos, la ausencia de anécdota y su colorido



franco, son consideradas como las “piedras fundacionales” del impresionismo, aún innominado. Mientras tanto, y para ir tirando, pinta estores decorativos por encargo y murales en cafés. La puesta de largo del movimiento tiene lugar con motivo de la famosa exposición en el número 35 del Boulevard des Capucines inaugurada el 15 de abril de 1874, en la que Renoir exhibió un pastel y seis óleos, entre ellos “El palco” (1874). Haciendo mofa del título de un cuadro de Monet, un crítico hostil colgó a los pintores la etiqueta de “impresionistas” y esa denominación hizo fortuna, si bien Renoir nunca se sintió cómodo con ella. A la “etapa clásica” del impresionismo pertenecen cuadros tan célebres como “Sen-



El almuerzo de los remeros (1881)



Baile en El Moulin de la Galette (1876)